

La pared de Roberto



A las 10:00 de la mañana,
la guagua ya está lista
en la puerta del colegio.

Las profesoras, Valeria y Nereida,
pasan lista en la puerta de la guagua.
Ellas dicen los nombres de las niñas y de los niños
y todas las personas responden con risa:

—¡Presente!

Pablo, un chico de la clase,
exclama:

—¡Presidente de los Estados Unidos!

Las profesoras, sonrientes,
regañan al niño:

—Sé formal, Pablito.

A Pablo no le gusta que le llamen Pablito.
Eso le hace sentirse más pequeño.
Pero no dice nada.

Una vez subidos en la guagua,
se dirigen a la **Caldera de Taburiente**.

El chófer les pone un **sirinoque** interpretado por un grupo musical de la isla.

Un **sirinoque**

es una música tradicional de la isla de La Palma.

En un sirinoque, los instrumentos son la flauta de pico, el tambor y las castañuelas.

También se le llama sirinoque al baile que se hace con esta música.

En la excursión de hoy, van a aprender sobre las leyendas de La Palma.

Por eso, Valeria y Nereida han organizado esta excursión. Quieren contarles la leyenda de **la pared de Roberto** en el mismo lugar en el que dicen que pasó.

Risueño

es que se ríe
con facilidad.

Divertidos y **risueños**,
las niñas y los niños no paran de
preguntar:

—¿Falta mucho?

—¿Hemos llegado ya?

—¿Qué vamos a hacer hoy?

Se gastan bromas
y mueven las cabezas al son de la música.
Se sienten felices.
Las profesoras están seguras
de que será un gran día.

Por fin, llegan al **Roque de los Muchachos**.

En el pie del Roque de los Muchachos,
hay una pared de **basalto**.

El **basalto**

es una roca volcánica oscura.
Es el tipo de roca más común
en nuestro planeta.

Hay un paso que atraviesa la pared.
Es un agujero enorme
por el que se puede pasar con facilidad.

Nereida y Valeria
se colocan frente a ese paso.
Todas las niñas y los niños,
haciendo ruido y alboroto,
se sientan en corro
alrededor de las profesoras.

Nereida, con voz alta y dulce,
comienza a narrar la historia:

Dice la leyenda en la isla de La Palma
que el diablo levantó esta pared
en una sola noche.

—¿El diablo? —pregunta Marcos,
uno de los niños.

—El diablo, no, Roberto —responde Pablo,
que escucha con atención.

—En La Palma, al diablo
lo llaman Roberto —interviene Valeria.

A algunos niños les hace gracia.

—¿Por qué Roberto
y no Paco? —pregunta uno.

—¿O Aday? —pregunta otro.

—¿O Pablito? —pregunta Marcos.

Pablo se enfada un poco,
pero no dice nada.

Nereida sigue con el relato:

Esta pared está en mitad de un camino
que unía Santa Cruz de La Palma con Garafía,
un municipio muy grande de La Palma.

Este camino era el lugar
en el que se citaban los enamorados
para hablar y estar juntos.

Por este camino,
pasaban también muchos pastores
que sonreían alegres
cuando veían a las parejas.

Dice la leyenda
que un muchacho joven de **Tagaragre**
y una muchacha de **Aceró** se enamoraron.

Tagaragre era uno de los lugares de la isla de La Palma (Benahoaré) cuando los castellanos conquistaron la isla. Otro lugar era **Aceró**.

Benahoaré quiere decir **mi tierra**. Este es el nombre que los Auaras, los antiguos habitantes de la isla, le daban a La Palma antes de la conquista castellana.

Hoy en día, estas zonas son el **Parque Nacional de la Caldera de Taburiente**.

En nuestra historia, hablaremos de 2 enamorados. Como no sabemos sus nombres, a ella, la llamaremos **Idaira** y a él, lo llamaremos **Airam**.

Idaira es un nombre canario que viene de La Palma. Es el nombre de una princesa guanche.

Airam es el nombre de un príncipe guanche de la isla de La Palma. Airam significa **libertad**.

Idaira y Airam estaban hechos el uno para el otro.
Idaira era alta, morena y esbelta.
Pero no solo era una mujer hermosa,
también era valiente y decidida.
Tenía los ojos de un azul especial, único.

Airam era más bajito que Idaira.
También era valiente y con carácter.
Tenía los ojos oscuros,
negros como una roca.

Airam era pastor,
tenía un rebaño numeroso
de cabras y ovejas.

Había muchos jóvenes en el pueblo
que **bebían los vientos** por Idaira.

Decimos **beber los vientos** por una persona
cuando dedicamos todos nuestros esfuerzos
a estar con esa persona.
Así, todos los jóvenes del pueblo
querían ser novios de Idaira.

Idaira trabajaba con sus padres
en la **alfarería** del pueblo.
Allí, ella hacía vasijas y calderos,
platos y vasos de barro.

Una **alfarería**
es un taller,
un puesto
o una tienda
en la que se venden
objetos de barro.

Idaira era una chica muy feliz
que no se fijaba en los muchachos del lugar.
Tenía muy claro que solo se enamoraría
de un hombre extraordinario,
bondadoso y osado,
es decir, que no tuviese miedo a nada
ni a nadie.

Un día, de camino a la alfarería,
Idaira se cruzó con un joven extraño.
Llevaba un perro negro y grande,
rabioso y con dientes amenazantes.
Era un forastero,
no era del pueblo.

Para Idaira,
era la primera vez que lo veía.

El joven preguntó:

—¿Dónde vas?

A Idaira le pareció
que el muchacho era un descarado.

Idaira contestó:

—Voy a trabajar.

El muchacho la miró con actitud desafiante
y le dijo:

—¿Quieres venir conmigo?

Estar
contrariado
es sentir
enfado o
disgusto.

Idaira estaba un poco **contrariada**.
No le gustaba la pinta del forastero,
ni tampoco cómo le había hablado.
Le dijo que no con la cabeza.

Él se enfadó mucho
y elevó el tono de voz:

—¿Por qué no quieres venir conmigo?

El perro, que llevaba atado con una correa,
estaba inquieto.

Feroz, enseñaba los colmillos a Idaira.

Gruñía y echaba baba
como si tuviera la rabia.

Idaira dio un paso atrás.

Entonces, el forastero dijo:

—Si vienes conmigo,
mi perro no te hará nada.

Idaira, enfadada, gritó:

—¡No!

Entonces, el forastero
soltó la correa del perro.

Idaira se echó las manos a la cabeza.

Se temía lo peor.

Pero al perro no le dio tiempo a rozar a Idaira.

De repente,

Airam apareció y, de un salto,
se lanzó encima de la bestia.

Airam pasaba justo por allí.
Iba de camino a recoger su rebaño,
y no dudó en intervenir.

Tras pelear mucho,
Airam consiguió vencer al animal
y atarlo con una cuerda.

El dueño del perro,
que en el fondo era un cobarde,
observó sorprendido la pelea.

Se había quedado mudo
ante la fuerza y el coraje de Airam.

Cuando el perro estaba quieto
y no podía moverse de ningún modo,
Airam se incorporó.
Él estaba cubierto de sudor.

—¿Qué... qué...le has
hecho a mi perro? —**titubeó** su dueño.

Airam no dijo nada.
Sin pensarlo 2 veces,
le dio un puñetazo tan fuerte
que el tipo cayó al suelo sin remedio.

Titubear es
hablar
tartamudeando
o con
balbuceos.
Hablamos así
cuando no
sabemos
qué decir
o tenemos
miedo.

—¡Te lo mereces! —pensó Idaira.

Destrozado
y con un ojo morado,
el extraño, malherido,
se incorporó con dificultades
y echó a correr temeroso.
Nunca más volvieron a verlo.

Se fue del pueblo,
y quién sabe si también de la isla,
para siempre.

—¡Toma ya! —grita Pablo.

Llevado por la historia,
se levanta y hace el gesto
de dar un puñetazo a Marcos.

—¡Basta ya! —le dice Valeria.
La violencia nunca lleva a nada.

—Fíjate cómo terminó el forastero...—dice Nereida.

Nereida continúa contando la leyenda:

Idaira y Airam se miraron a los ojos,
que brillaban de manera especial.

Se enamoraron al instante.

Desde ese momento,
se hicieron novios.
A Airam le gustaba mucho
la manera de ser de Idaira.

Era una muchacha
que siempre decía las cosas a la cara.
Además, le parecía la mujer
más guapa del mundo.

Idaira también estaba enamorada de Airam.
Le encantó cómo la defendió,
su valentía, su rapidez y su fuerza
cuando el perro quiso atacarla.

Idaira y Airam eran la pareja ideal.
Se querían mucho,
se cuidaban,
se apoyaban,
se respetaban
y lo pasaban genial juntos.

Sin embargo, tenían un gran problema:
en aquellos tiempos,
estaba muy mal visto que los novios
estuvieran solos.

La gente era
muy mal pensada y cotilla
e inventaba historias y rumores.

—¡Igual que ahora! —dice Alba,
una de las niñas que también está allí.

—Exacto, igual que ahora —responde Nereida—.
No hemos cambiado mucho desde entonces.

Nereida sigue su relato:

Por eso, para que la gente no hablara de ellos
a sus espaldas,
se veían todas las noches
en el camino que unía
Santa Cruz de La Palma con Garafía.

Allí se contaban sus cosas.
Hacían planes de futuro:
lo que harían cuando se fueran juntos,
los sitios que visitarían,
las aventuras que vivirían.

También, como es natural en los enamorados,
se besaban con calidez y pasión
y disfrutaban de su poco tiempo en compañía.

Eran muy discretos
y nunca decían nada a nadie.

Tan solo algunos pastores
sabían de estos encuentros,
pero los pastores sabían guardar secretos:
eran hombres trabajadores y silenciosos,
leales y buenas personas.

Además,
¿a quién le importaba?
¿Qué tenía de malo
el amor entre 2 personas
jóvenes y puras?

Los pastores,
que raras veces los veían,
los trataban con simpatía
y respeto.

Pero no todo el mundo
era como ellos...

Pronto, Roberto, que es el diablo
y está en todos lados
y en ninguno,
supo de la relación entre Idaira y Airam.

Y sucedió que Roberto,
al igual que todos los muchachos del pueblo,
estaba perdidamente enamorado de Idaira.

En sus noches de insomnio,
fantaseaba con hacerla su esposa
y llevarla con él
al infierno.

Poco antes de que llegara la noche,
cuando el sol ya se escondía en el mar,
Roberto, furioso y celoso,
tramó un plan terrible:

Levantaría una pared inmensa
en medio del camino
que recorrían los amantes cada noche
y así jamás podrían volver a verse.

Se hizo de noche.
Era una noche fría,
brumosa y muy oscura.
Una noche negra y solitaria,
en la que solo las carcajadas del diablo
se escuchaban desde lejos.



Roberto esparció
piedras pequeñas de basalto
con sus manos gigantescas.
Estas piedras eran de color negro
y de color verde.

Desde el cielo,
con conjuros de rayos y **centellas**,
hizo que estas piedritas
se convirtieran en grandes rocas.

Las **centellas**
son rayos
de poca
intensidad.

Roberto colocó las rocas una sobre otra
hasta construir un muro
que llegaba a lo más alto del cielo.

Aquella noche,
cuando Airam e Idaira
quisieron reunirse,
se vieron sorprendidos
por la pared de Roberto.

El joven, deseando amar a la doncella,
intentó escalar aquella pared.
Lo intentó una y otra vez,
pero fue inútil:
no podía avanzar nada.

Siempre que conseguía subir un poco,
agarrándose a sus salientes y huecos,
se caía al suelo sin remedio.

Entonces,
decidió empujar la pared
con todas sus fuerzas.

Empujó y empujó,
pero el resultado fue el mismo:
la pared no se movía.

Era indestructible.
Roberto reía y reía sin parar.
Se sentía muy feliz:
su plan **iba viento en popa**.

Al otro lado del muro,
Idaira lloraba y gritaba
porque quería volver
a encontrarse con su amado.

—¡Mi amor, tranquila,
llegaré al otro lado!—gritaba Airam.

Airam tenía miedo de no volver
a estar con su amada Idaira.
Estaba desesperado y **consternado**.

Ir viento en popa

es ir bien,
con todas las
cosas a favor.

Estar consternado

es sentir
mucho dolor
y pena por
algo.

Lleno de heridas,
tomó una decisión arriesgada:
le daría su alma al diablo
si le permitía pasar al otro lado.

Entonces, gritó:

—¡Va el alma por pasar!

Hubo un silencio.
La pared continuó ahí,
amenazadora e imbatible.

Por segunda vez, el muchacho gritó:

—¡Va el alma por pasar!

Pero no pasó nada.
Solo se oían los gritos
de desesperación de Idaira
y las carcajadas diabólicas de Roberto.

Así, el joven decidió
dar también su cuerpo al diablo
y gritó, enfurecido:

—¡Va el alma y el cuerpo,
por pasar!

Y, tomando impulso,
se lanzó contra la pared,
dispuesto a derrumbarla
de una vez por todas.

Fue tal la fuerza de su embestida
contra la pared,
que esta tembló mucho,
algunas rocas cayeron al suelo
y se creó el paso que hoy vemos aquí.

Nereida les indicó con el dedo
el gran paso en el centro
de la pared de Roberto.

Los niños escuchaban la historia
embelesados e intrigados.

Estar **embelesado**
es estar cautivado,
sin poder prestar
atención a otra cosa.



Nereida continuó su relato:

El diablo se enfadó tanto que,
tras un instante de silencio infinito,
la tierra empezó a rugir
como un león malvado y lleno de ira.

En ese momento,
la pared enrojeció,
la tierra comenzó a **fracturarse**
y empezó a fluir fuego, humo y lava,
que inundaron el paisaje con gran rapidez.

Fracturarse

es romperse
con violencia
y de repente.

Una enorme bola de fuego,
que venía del mismísimo infierno,
atravesó la pared como un rayo fulminante
y arrastró al abatido Airam
hacia el fondo de la Caldera de Taburiente,
miles de metros más abajo.

Allí murió sin remedio.
Su cuerpo desapareció
entre millones de cenizas.

–¿Y qué le pasó a Idaira? –pregunta Pablo,
con lágrimas en los ojos
por lo que le había pasado a Airam.

Lamentablemente,
Idaira no corrió mejor suerte...

Cuenta la leyenda que, al día siguiente,
los pastores del pueblo la encontraron muerta.
Murió de soledad, de frío y de pena.

Los pastores,
conmovidos por lo que había pasado,
la enterraron bajo el Roque de los Muchachos.

Sobre su tumba,
desde su primer día de descanso,
brotaron unas flores muy especiales:
la **Viola Palmensis**.

Estas flores,
de una belleza azul maravillosa,
son del mismo color que los ojos de Idaira.

En el fondo de la Caldera de Taburiente,
hay una gran roca con forma de palmera.
Es Airam,
que espera por siempre a su amada.

Nereida se queda en silencio
y los niños,
tristes por la historia,
aplauden a rabiar.



—¿Tienen alguna pregunta? —dice Valeria.

—¿Qué pasó con el diablo? —pregunta Pablo.

—Pues, lo cierto es que, el diablo...

—dice Valeria.

Pero no acaba su respuesta,
porque que detrás de ella se inicia
un espectáculo de belleza insólita.

El sol se pone.

Comienza el atardecer.

Los rayos del sol se reflejan
sobre el tono verdoso de la pared de Roberto.
El reflejo del sol en la pared
crea una luz amarilla
que ilumina todas las caras.

Asombrados,
miran a Valeria,
que sonríe.

—Pues, lo cierto es que, el diablo...
es decir, Roberto,
dice la leyenda que sigue aquí,
con sus malas intenciones.

La gente dice que estos reflejos
y esta luz tan especial
son obra suya.

Las niñas y los niños miran
a Valeria con los ojos abiertos
como platos.

—¡Pero no se preocupen!
Son cosas de la gente.
Las leyendas son eso, leyendas.

Se quedan más tranquilos.
Antes de volver a la guagua,
pasean un poco por el lugar.

Ven muchas Viola Palmensis,
aquellas flores,
aquellos pensamientos azules
de la enamorada Idaira.

Con mucho cuidado,
las chicas y los chicos se ponen
esas flores en el pelo o en las orejas,
en memoria de aquel amor imposible
que el mismísimo diablo rompió
con su ira y con su envidia.



Canarias, fuente de leyendas

3 leyendas canarias en Lectura Fácil

San Borondón, una isla llena de misterios



Gara y Jonay, una historia de amor imposible



La pared de Roberto

